



Capítulo 40

Los Bandidos de la Arena Sangrienta eran una gran organización que llevaba mucho tiempo actuando en el desierto del sur del continente.

El número de miembros que comandaban superaba los cientos, y entre ellos, la mayoría de los combatientes eran capaces de imbuir sus espadas con magia, lo que los convertía en una fuerza demasiado poderosa como para ser considerados simples bandidos.

Dado el enorme poder que poseían los Bandidos de la Arena Sangrienta, era natural que llamaran la atención de la nación de Colony, que tenía sus raíces en el desierto.

Después de todo, la zona en la que operaban los Bandidos de la Arena Sangrienta no era otra que la capital de Colony.

Como dice el refrán, «el clavo que sobresale es martillado». Habría sido apropiado que la nación tomara medidas y eliminara a un grupo de bandidos tan grande.

Después de todo, cuando los bandidos merodean, la nación inevitablemente sufre daños de alguna manera.

Sin embargo, la razón por la que los Bandidos de la Arena Sangrienta podían seguir operando con tanta audacia cerca de la región desértica de la capital era porque contaban con un poderoso respaldo.

Y no cualquier respaldo, sino el de la Baba Yaga más veterana de Colony: nada menos que el guerrero Kalman Arents.



Con el apoyo de Kalman, el grupo que debería haber sido aniquilado hacía mucho tiempo pasó de unas pocas docenas a cientos de miembros en un lapso de diez años.

Hoy, sin embargo, Draco, el líder de los Bandidos de la Arena Sangrienta y subordinado de confianza de Kalman Arents, estaba de muy mal humor.

«¿Jack está muerto?».

Configuración de privacidad

«Sí».

El motivo era que uno de sus hombres había salido hoy a asaltar una caravana y había muerto.

«Ja...».

Draco frunció el ceño con irritación. Su frustración no se debía a la pérdida de un compañero, sino a que uno de los trabajadores que había criado con tanto esfuerzo había muerto sin sentido.

«Tenía pensado entrenarlo un poco más y utilizarlo como asesino».

Chasqueando la lengua, Draco preguntó: «¿Quién lo mató?».

«Parece que fue asesinado por un noble mientras atacaba a un mago».



«¿Un noble? ¿Jack?».

«Sí. Por lo que he oído, cuando el noble utilizó la magia, el centro del desierto se congeló...».

«¿Cómo se llaman?».

«Estamos recopilando información de nuestros contactos en Colony y mañana deberíamos tener más detalles».

Tras un momento de reflexión, Draco respondió: «Avísame en cuanto tengamos la información».

Naturalmente, Draco no tenía intención alguna de dejar escapar al mago que había matado a Jack.

«Debo vengar el desperdicio de mis recursos».

Por supuesto, teniendo en cuenta el estatus del noble en un país extranjero, matarlo podría acarrear todo tipo de complicaciones, pero a Draco no le preocupaba demasiado.

Matar a alguien en el desierto no era particularmente inusual y, siempre que no hubiera testigos, la mayoría de las muertes en el desierto se trataban como desapariciones.

Y Draco era uno de los más experimentados en ese tipo de actos.

Una vez que descubrió la identidad del noble, planeó esperar el momento adecuado para enterrarlo cuando intentara abandonar el desierto.



—Si tan solo «eso» no hubiera aparecido.

—¡Gahk...!

Draco escupió sangre de color carmesí oscuro mientras miraba con desesperación su escondite.

Apenas diez minutos antes, el escondite secreto de los Bandidos de la Arena Sangrienta, que se había mantenido en pie con orgullo durante años, yacía en ruinas.

Pero eso no era todo.

Los soldados a los que había dedicado más de diez años a formar quedaron sepultados bajo la arena o aplastados contra las paredes del escondite, encontrando así su fin.

Y entonces...

«Hmm, ¿eso es todo?».

Un par de agudos ojos dorados escudriñaron los alrededores antes de desaparecer en un instante.

Con un destello dorado, la figura de Seolrang reapareció, sosteniendo en ambas manos...

Configuración de privacidad

«Esto es el final».

—Los jefes de los bandidos.

Los dos líderes conservaban expresiones de tensa expectación, como si aún no fueran conscientes de lo que había sucedido, y permanecían al acecho cerca del escondite destruido para lanzar un ataque sorpresa.

iPum!

Seolrang, indiferente, lanzó las cabezas lejos, dejando a Draco con una mirada de incredulidad, incapaz de comprender la situación.

De principio a fin...

todo.

—

«¿Qué diablos... es esto...?»

Draco se encontró mirando fijamente a la Parca, que ahora se acercaba lentamente a él.

Paso a paso...



En un solo instante, el destello dorado que había aparecido destruyó su reino —el escondite que había construido— y acabó con los Bandidos de la Arena Sangrienta, los cientos de hombres que había entrenado durante más de diez años.

Paso a paso...

La chica de ojos dorados. La segadora.

En cuanto esos ojos dorados y penetrantes se fijaron en Draco, este sintió un escalofrío de miedo primitivo recorrer todo su cuerpo. Un miedo instintivo.

Incluso en medio de ese terror, Draco intentó desesperadamente hablar, decir algo para salvar su vida.

«¡Se, Seolrang! ¿Te das cuenta de lo que has hecho?».

La voz de Draco estaba llena de desesperación. Su reino de diez años, todo lo que había construido, se había derrumbado como un castillo de arena, pero él no se había rendido. Si lograba sobrevivir, creía que podría reconstruir su pequeño reino de nuevo.

Pero...

Por desgracia, Seolrang no mostró ningún signo de reaccionar ante las frenéticas palabras de Draco. Lo único que hizo fue levantar su mano derecha empapada en sangre y agarrar la cabeza de Draco, cuyo estómago había sido atravesado.



«¡Si me matas ahora, te ganarás la enemistad de Kalman Arents! ¡Estoy bajo su protección!».

Intuyendo su muerte inminente, Draco intentó invocar el nombre de Kalman con la esperanza de escapar, pero la fuerza de la mano de Seolrang solo se intensificó.

«¿Es dinero lo que quieres? ¡Tómalo! ¡Tómalo todo! ¿O quieres un tributo? ¡Pagaré cualquier tributo que quieras!».

Sus gritos se volvieron más frenéticos y, por fin, comenzó a llorar desesperado al darse cuenta de que su muerte se acercaba.

«¿Por qué? ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué? ¿Por qué?».

Su voz, llena de resentimiento y frustración, resonó en el aire.

En respuesta...

Configuración de privacidad

«Porque le pusiste la mano encima a mi amo. Y...».

Un susurro llegó a los oídos de Draco. No era fuerte, pero tampoco era débil. Solo un murmullo silencioso.

Y entonces...

«Porque no quiero que me regañen».



Con ese suave susurro, recordando sus ojos rojos, Seolrang aplastó la cabeza de Draco con un fuerte *crack*.

Una vez completada su misión, Seolrang desapareció sin dejar rastro.

En apenas diez minutos, los Bandidos de la Arena Sangrienta, que habían aterrorizado el desierto bajo el nombre de Kalman durante más de una década, desaparecieron de la historia.

Al día siguiente.

Alon, sintiendo cómo el cansancio de su largo viaje se desvanecía, recibió dos noticias.

La primera era que no sería posible entrar en la Ciudad Olvidada hasta dentro de tres días.

La segunda era...

«¡Conde, he oído que los Bandidos de la Arena Sangrienta que nos atacaron han sido completamente aniquilados!».

«¿Los Bandidos de la Arena Sangrienta?».

Era el grupo que lo había atacado no hacía mucho, y que ahora parecía haber sido aniquilado.



«Sí, fueron completamente exterminados».

«... ¿Cuándo?».

«Por lo que he oído, ocurrió ayer».

«¿Todo un grupo de bandidos ha sido aniquilado y los rumores ya se han extendido en un día?».

Mientras Alon fruncía el ceño, confundido, Evan asintió con la cabeza.

«Toda la ciudad está alborotada con la noticia. Al parecer, la caravana que llegó hoy temprano compartió la información».

Al oír las palabras de Evan, Alon sintió como si mil interrogantes flotaran sobre su cabeza.

Se suponía que los Bandidos de la Arena Sangrienta no desaparecerían hasta dentro de tres años, a menos que el protagonista, Elivan, se ocupara de ellos, tal y como dictaba la historia original.

«¿Por qué demonios desaparecieron de repente?».

Con expresión desconcertada, Alon intentó averiguarlo, pero...

—¡Yo me encargué de eso!



La respuesta fue mucho más sencilla de lo que esperaba.

«¿De verdad?».

«¡Sí! ¿No lo hice muy bien?»

Configuración de privacidad

Ante la inocente sonrisa de Seolrang, tanto Alon como Evan abrieron lentamente la boca con asombro.

«¿Te encargaste de los Bandidos de la Arena Sangrienta...?»

«¡Sí!».

«... ¿Por qué?».

preguntó Alon instintivamente.

«Bueno, ¿no lo dijo el maestro?».

Evan miró a Alon como preguntándole: «¿Lo dijiste?», mientras Alon miraba fijamente a Evan sin comprender. Pero eso solo duró un momento.

«Dijiste que no querías volver a verlos».

«Sí, lo dije... pero...».



«Si se han ido, ya no tendrás que volver a verlos, ¿verdad?».

Con una amplia sonrisa inocente, Seolrang asintió con la cabeza como si acabara de resolver un gran dilema, dejando a Alon con la misma sensación que había tenido cuando conoció a Deus: la sensación de que algo en todo esto era simplemente... demasiado.

Pero ese momento de desconcierto pronto pasó, y Alon de repente pensó en algo y preguntó.

«Espera, ¿así que acabaste con todo el grupo de bandidos de Blood Sand tú solo?».

«¡Así es!».

Seolrang asintió con indiferencia y Alon se quedó en silencio sin darse cuenta.

Los Bandidos de la Arena Sangrienta que él conocía eran cientos, y la mayoría de los combatientes eran capaces de imbuir sus armas con magia, por lo que no era un grupo que se pudiera tomar a la ligera.

Además, Draco, el líder de los bandidos, era alguien que, por lo que Alon sabía, sería capaz de manejar una espada de aura dentro de tres años.

Y, sin embargo, ¿Seolrang acababa de matar él solo a cientos de combatientes de nivel caballero, incluido Draco, su líder...?

Sabía que el título de Baba Yaga no era algo que se pudiera ganar a la ligera, pero... ¿no era esto un poco más fuerte de lo que esperaba?



Alon miró fijamente a Seolrang, que sonreía despreocupadamente, y de repente recordó que en el futuro ella se convertiría en la encarnación del pecado del orgullo.

«...»

Con ese pensamiento, notó que su postura se volvía más reverente.

Esto sucedió tres días antes de su partida hacia la Ciudad Olvidada.

En el momento en que Alon partió hacia la ciudad desértica de Colony, se estaba celebrando una reunión secreta en una pequeña taberna situada en la parte oriental de Teria, la capital del reino de Asteria.

—Entonces, ¿por qué me ha llamado, duque?

«No creía que su intuición se hubiera embotado hasta el punto de tener que preguntarlo, marqués», respondió el duque Rimgrave, líder de la facción monárquica.

Configuración de privacidad

Al oír estas palabras, el marqués Philboid, líder de la facción noble, se sentó con naturalidad y habló.

«Supongo que se trata del conde Palatio».



«Eres muy perspicaz. Te llamé por el conde Palatio... o, más precisamente, por el «Kalpha» que reunieron esos mocosos», respondió Rimgrave.

El marqués asintió, como si no hiciera falta más explicación.

Después de haber pasado décadas navegando por el traicionero mundo de la política, ambos comprendieron fácilmente que el duque buscaba una alianza para derrocar a «Kalpha».

El grupo Kalpha era una organización detestable que suponía una amenaza tanto para la facción monárquica como para la noble, y debía ser desmantelada lo antes posible.

En su mundo, los enemigos de ayer podían convertirse en los aliados de hoy dependiendo de sus intereses, por lo que no les resultaba difícil unir fuerzas.

«Entonces, ¿cuál es tu plan?», preguntó Philboid sin rodeos.

Admirando la rápida capacidad de juicio del marqués, que ya había calculado los costos y beneficios en solo unas pocas palabras, el duque respondió: «Mi plan es involucrar a Rosario».

«¿...Rosario?».

«Sí, para ser más exactos, el «Cardenal» de Rosario».

El duque comenzó a exponerle al marqués su detallado plan.



Después de que pasó algún tiempo...

«¿Y cuál es la exigencia?», preguntó Philboid, como si no hubiera necesidad de escuchar nada más.

«La mitad del soborno para taparle la boca al cardenal».

«No está mal».

Los dos nobles intercambiaron opiniones, ambos sonriendo con satisfacción.

Si su plan salía bien, el grupo advenedizo Kalpha, formado por gentuza del inframundo, se desmoronaría como un castillo de arena.

«No tardará mucho. De hecho, ya he establecido contacto».

«Estoy deseando que llegue el momento».

Con eso, ambos hombres salieron de la taberna con una sonrisa en el rostro y se dirigieron en direcciones diferentes.

Solo quedaron dos vasos de whisky, aún llenos, en la destalada taberna.